
LA
MUJER SOÑADA.

CAPÍTULO PRIMERO.

Un Adan.

Supongo que no experimentará el lector gran deseo de saber la fecha precisa del día en que comienzan los curiosos sucesos que voy á referir, por cuya razón me considero autorizado á prescindir de ella.

Tengo otro motivo particular que me obliga á omitirla, y consiste en que la ignoro.

Debia ser, no obstante, un día de Diciembre ó de Enero, porque Madrid habia

amanecido envuelto en los anchos pliegues de una niebla espesa, que se extendía á lo largo de las calles, rasgándose en las esquinas y fluctuando sobre los aleros de los tejados como un velo, sin duda alguna gracioso, pero horriblemente frio; el sol no se atrevía á descubrir su rostro inflamado, y en cuanto al cielo, no se veía por ninguna parte; parecia resuelto á no salir de su casa.

La atmósfera, cargada de humedad, se mostraba indecisa, y el agua, suspensa en el aire, no se determinaba á caer ni en forma de lluvia ni en forma de nieve, de pura pereza.

Las baldosas de las calles brillaban esmaltadas por una finísima capa de hielo, que ofrecía á los piés de los apresurados transeuntes el peligro de continuos resbalones.

De vez en cuando se sentían ráfagas ligeras de un viento sutil, que penetraban al traves de los más espesos abrigos, como la hoja de un puñal, y cortaban la cara lo mismo que un vidrio; era la respiracion de Guadarrama.

El frio daba un nuevo impulso al movi-

miento habitual de este pueblo, tan movable de suyo, y que se moriria de tristeza si no hubiera calles donde pasar la vida; así es que los piés corrian, los ojos lloraban, y humeaban las bocas; las gentes iban y venian, formando en las aceras esos cordones de hombres, de mujeres y de niños, que no se sabe dónde empiezan ni dónde acaban, que se deshacen y se anudan sucesivamente, y que circulan por las calles de Madrid con el precipitado impulso con que circula la sangre por las venas de un enfermo que tiene calentura.

Era, en fin, una mañana deliciosa, que anunciaba una noche brillante para los teatros y para los cafés.

Si Madrid tiene corazon, indudablemente el corazon de Madrid palpita en la confluencia que forman *la Carrera de San Jerónimo*, *la calle del Príncipe*, *la calle de la Cruz* y *la calle de Sevilla*. En este punto desembocan de continuo avenidas de gente, que marchan en distintas direcciones, quedando siempre una especie de remanso de seres más ó ménos vagos, que hacen de las *Cuatro*

Calles un lugar de difícil tránsito y de perpétua concurrencia.

En el *Rastro* encuentra el curioso ó el necesitado restos de todas las cosas; no hay tela que no tenga allí un pedazo para un remiendo: el plato de porcelana ó de loza que acaba de quebrarse en vuestras manos tiene ántes de romperse sus pedazos rotos en el *Rastro*; allí se encuentran los vestigios de cuantos objetos de arte, de comodidad ó de lujo despedaza el género humano en su tránsito sobre la tierra; allí se reúnen todos los *deshechos* de Madrid; semejante á un cementerio, recoge los restos mortales de todo lo que acaba; en el *Rastro* se halla la mitad de todas las cosas que han desaparecido.

Pues, bien, en las *Cuatro Calles* hay otro *Rastro*; en él se encuentran todos los seres que se pierden, todas las virtudes que se quiebran, todas las honestidades que se rompen, pedazos de lealtad, jirones de honradez, que brillan á la luz de todas las disipaciones.

Si en el *Rastro* se encuentran todos los

deshechos de Madrid, en las *Cuatro Calles* se reúnen todos los *deshechos* de la sociedad.

En ninguna parte está Madrid como en las *Cuatro Calles*, porque en esa confluencia, donde más especialmente hierve la población, es donde se encuentra el foco ardiente de su vida.

Aquí es donde vamos á tropezar con el primer personaje de nuestra historia, que se pasea tranquilamente, ya por una acera, ya por otra, escudriñando los escaparates de las tiendas con indiferente curiosidad, al través de los cristales empañados por el frío.

Es un hombre que representa al mismo tiempo la juventud y la vejez; su persona es nueva y su vestido es viejo.

Bajo un sombrero verdaderamente alicaído, y cuya alta copa espeluznada dejaba ver los surcos con que la lluvia señala su paso por los sombreros, aparecía un rostro de facciones finas, de barba rubia y ojos negros; la nariz, ligeramente encorvada, daba cierta distinción á su fisonomía, y sobre los airocos y poblados arcos de las cejas se adivinaba una frente tersa, coronada de rizos castaños.

Quizá en su mirada resplandecía un destello de inocencia; pero al mismo tiempo era preciso distinguir en su sonrisa las sombras de la malicia.

Debajo del rostro se anudaba una corbata de estambre á cuadros, en la que se enroscaban *escocemente* todos los colores del arco íris, en ráfagas macilentas, porque el uso, que todo lo devora, se habia comido la brillantez de sus bellos matices.

El resto de la persona era un gaban abrochado en toda su longitud, y que me atreveré á llamar oscuro, en razon á que la oscuridad es la ausencia de todos los colores, esto es, la ausencia de la luz, gaban filosófico que venía á ser como la sombra de sí mismo, y que apartado mucho tiempo hacia de las vanidades del mundo, no ocultaba á nadie la trama en que se anudaba y retorcía, tejiéndose entre sí el hilo de su existencia; era el gaban propio de aquel sombrero, y ambos se encontraban en la persona de nuestro jóven, como dos antiguos amigos se pueden encontrar en cualquier parte.

Por debajo del gaban asomaban las pier-

nas de un pantalon gris, de aparente lana y de algodón verdadero, que caian en forma de campana sobre unas botas de becerro, que dejaban traslucir, aunque con trabajo, la forma correcta de un pié pequeño.

Una mirada medianamente atenta hubiera descubierto, á pesar del gaban y del sombrero, un talle gallardo y una bella cabeza graciosamente plantada sobre los hombros.

De seguro que el gran Federico de Prusia no habria hecho de él un granadero de su guardia; pero era bastante alto para poder mirar frente á frente á todo el mundo.

El conjunto que ofrecia su persona y su vestido se prestaba á tres órdenes de consideraciones.

Algunos dirian al verle..... ¡qué guapo!....

Otros..... ¡qué pobre!....

Muchos..... ¡qué vago!....

Y cualquiera mujer sorprendida repentinamente en su casa por la presencia inesperada de este jóven desconocido no hubiera sabido que hacer, si adorarlo, darle una limosna, ó llamar á la policía.

Sumergidas entrambas manos en los enormes bolsillos del gaban, cruzaba de una acera á otra, con esa lenta majestad del hombre que no tiene nada que hacer, y parecia entretenido en interrumpir el paso presuroso de los transeuntes, interponiendo su persona entre los que iban y los que venian, dando ocasion á que se formáran esos nudos imprevistos de personas que resultan en las aceras de las calles concurridas, entre la gente que va y viene.

La confusion que ocasionaba en cada una de estas interrupciones era mayor, porque habia empezado á caer una nieve fina como polvos de diamante, y las aceras se iban cubriendo de paraguas abiertos; de ese mueble que sería completamente inútil si la mayor parte de las veces no sirviera de estorbo.

Delante de los fastuosos aparadores de las tiendas donde la industria ofrece á la impaciente vanidad del mundo los fugitivos caprichos de la moda inconstante, parecia, por el desden de su mirada y por la pobreza de su vestido, que se reia del lujo.

Bajo aquella atmósfera helada, sin más

abrigo que su gaban raído, su corbata descolorida y su sombrero erizado, parecia que se mofaba del frio.

De manera que á un mismo tiempo y con igual arrogancia desafiaba á los hombres, á la tierra y al cielo.

¿Qué hombre era éste?

Se advertia en su porte cierto aire de vanidad, como si se mostrára orgulloso de su pobreza, y pocas veces se habrá visto un gaban, un sombrero y una corbata semejantes llevados con más gallardía; toda su persona respiraba satisfaccion; y hé aquí una cosa increíble: satisfaccion de ser pobre.

Los que tienen la manía de penetrar al traves de las apariencias, buscando en las cosas más naturales causas misteriosas y extraordinarias, hubieran creído que aquel traje miserable era un disfraz á pesar del que brillaba el esplendor de la juventud, de la belleza, de la fuerza y hasta del talento; y partiendo de esta suposicion, habrian creído ver en el conjunto de la persona y del vestido al personaje principal de algun drama interesante y áun tremendo.

¿Por qué no había de ser cómplice de algún amor oculto, impenetrable hasta entonces á la asidua mirada de la curiosidad y á las activas inquisiciones de la maledicencia? ¿No podía ser el héroe de alguna aventura amorosa, de esas que por más ó ménos tiempo se esconden en el fondo de la sociedad, y cuyo secreto pagaría á peso de oro la crónica escandalosa, ávida siempre de desdichas y debilidades humanas, con que animar las conversaciones de las gentes ligeras y de las gentes honradas?

Aquel jóven, lleno de vida y de esperanzas, ¿no podía ser también un espía, un agente de alguna sociedad tenebrosa? ¿No podía ser del mismo modo individuo de la policía secreta ó un conspirador temible?

Porque, si no, ¿con qué fin se escondía en el fondo de aquel gaban insepulto y bajo las alas desmayadas de aquel sombrero, digámoslo así, póstumo?

Era difícil que los ojos que todo lo ven no descubrieran en este jóven la sombra, por lo ménos, de una aventura interesante, de una intriga diabólica ó de un crimen espantoso.

Pero nosotros, que no vemos tanto, no encontramos más que un bello jóven cruelmente vestido; un sér que, por lo visto, le debe mucho á la naturaleza, y que por lo que se ve, no le debe nada á la sociedad; un hombre que ha perdido su fortuna ó que no la ha tenido nunca; un niño que se entretiene en molestar á los transeuntes, un filósofo que mira con indiferencia los espectáculos del lujo; una especie de Diógenes de veinte y cinco años, que no tiene prisa cuando todos corren, que no tiene frío cuando Madrid se hiela, que al parecer no piensa absolutamente en nada cuando precisamente todo el mundo piensa en su negocio.

Un semblante sereno y hasta risueño y un gaban muy triste.

Una cabeza que dice: no soy tonto.

Un vestido que grita: soy muy pobre.

En la misma esquina que forma el café Imperial, poniendo término á la *Carrera de San Jerónimo* y abriendo paso á la *Puerta del Sol*, se detuvo repentinamente, mirando como hormigueaban delante de la esquina de la casa de Correos, extendiéndose por la an-

cha acera, diversos grupos de hombres, que se hacían y se deshacían en continuo movimiento bajo un toldo de paraguas.

Allí ha puesto *la Bolsa* sus avanzadas de agentes oficiales y oficiosos; allí se enreda el hilo de los pequeños negocios, se cruzan las más inesperadas noticias, y se tejen y destéjen fortunas; es el *Bolsin*, ó lo que es lo mismo, la antesala de la *Bolsa*.

De este grupo se desprendió un paraguas, debajo del que iba un hombre que tomó apresuradamente la dirección de la *Carrera de San Jerónimo*, y al verlo venir el personaje del gaban raído y del sombrero espeluznado, pasó á la acera de enfrente y esperó.

Venía el hombre del paraguas como van casi siempre los caballos y los agentes de bolsa, esto es, á escape, y pasó por delante del jóven sin mirarlo.

—Bien, se dijo éste á sí mismo. Medina ya no me conoce; ha apartado los ojos por no verme, se ha hecho el distraído por no mirarme. La cosa es bien natural: un hombre de negocios no tiene tiempo para reco-

nocer á sus amigos. Es más bajo que yo, y sin embargo, puede mirarme por encima del hombro. Si hubiera tenido un duro que dejar caer sobre las baldosas, le habría hecho bajar la cabeza..... Y restregándose las manos, no de frío, sino de satisfacción, añadió:

—Me alegro, me alegro: si yo fuera rico, sabría lo que cuesta un hombre como Medina; no tengo un cuarto, y sé lo que vale. Después de todo, el dinero es un brillo que deslumbra, y la pobreza una luz con la que se ve todo como es..... ¡Ah! prosiguió; la satisfacción de comprarlo, no vale tanto como el placer de conocerlo..... Vamos, vamos..... la pobreza no es una desgracia, más bien es una fortuna..... Y conociendo, sin duda, el disparate que acababa de pronunciar, soltó una ruidosa carcajada.

La gente que pasaba junto á él, sorprendida por tan repentina alegría, se le quedó mirando con estúpida sorpresa; más él, volviéndose á unos y otros, les dijo con amable sonrisa:

—Señores, me río de mí mismo; y les volvió la espalda, fijando sus ojos en el bri-

llante aparador de una espléndida joyería.

Del fondo de los estuches, abiertos como bocas dispuestas á tragarse el mundo, partían esos rayos particulares con que la luz muestra su radiante júbilo al reflejarse en la limpia superficie de las piedras preciosas.

Los diamantes se deshacían en aguas de colores, sin dejar á la vista tiempo para decidir cuál era el más bello y el más resplandiente de aquella serie inquieta y tumultuosa de resplandores.

Las perlas, detenidas en la afligranada prision del engaste que las sujetaba casi sin atreverse á tocarlas, parecían gotas de leche en vasos de oro.

Las esmeraldas lanzaban sus fulgores verdes robados al arco íris, como si quisieran llenar el aire con los más bellos reflejos de la esperanza; y los *berilos*, envidiosos, descubrían en su palidez la tristeza de la envidia.

Mostraba la ágata *calcedonia* su blanca pureza, mientras la cornerina avergonzada no ocultaba los reflejos de su tinta roja; la *erisoprasa* verde, la *zafirina* azul y el *ónice* de fajas concéntricas de finos colores se dispu-

taban las miradas del jóven, que no sabía dónde fijarlas.

En caprichosos cambiantes hería sus ojos la luz del ópalo noble, á la vez que le descubría el fuego que lleva en sus entrañas el ópalo transparente, y veía al mismo tiempo al ópalo blanco, nebuloso como una tarde de otoño, y al girasol risueño como una mañana de primavera.

«Aquí», le decía el jacinto, enviándole un rayo de luz rojo oscuro, como el último rayo del sol bañado en la oscuridad de las nubes.

«Yo soy amarillo como el oro», le gritaba el topacio del Brasil; y el granate le decía: «yo soy transparente para que admires la púrpura de mi sangre».

Los rubíes relampagueaban, amarillos, rojos y azules; las turquesas de roca antigua dejaban ver su azul celeste, y las turquesas, formadas de hueso fósil, teñidas de azul oscuro por la hábil mano del fosfato de hierro, querían competir con las primeras, como las oscuridades de la tierra con los resplandores del cielo, como quiere competir el

azul profundo del agua con el azul refulgente del aire.

En el horno misterioso de la naturaleza se cristaliza la alúmina formando el zafiro; y allí se ostentaba esta piedra preciosa, que resplandece hasta en el nombre, en toda la variedad de su especie.

El zafiro es una dinastía de piedras preciosas.

Allí estaba el *corundo* limpio ó zafiro de agua incoloro, donde la luz brilla como en el aire y resplandece como en un espejo. Allí se veía, ya en una joya, ya en otra, el zafiro azul como el cielo en el momento de recibir los primeros resplandores del día. Allí se encontraban los ojos el zafiro rojo, rubí oriental, el zafiro rosa, el zafiro violeta, amatista de Oriente, el zafiro amarillo y el zafiro verde, que son el más bello topacio y la más limpia esmeralda.

El oro, queriendo competir con los diamantes, con las perlas, con las esmeraldas, con las amatistas, con los jacintos, con el ópalo y con el zafiro, con los rubíes y con los topacios, presentaba en diversidad de joyas y

en variados engastes los esmaltes más bellos.

Había allí una verdadera competencia entre la naturaleza y el arte; y el oro, sosteniendo en caprichosas figuras admirablemente trabajadas aquella esplendorosa pedrería, parecía decir á los ojos asombrados del transeunte: «Todo esto es mio.»

La mirada del jóven, como si estuviera iluminada por la luz que brotaba de los estuches, resplandecía de un modo extraño, y sus ojos ávidos pasaban de una joya á otra, como una mariposa de una flor á otra flor, sin reposar en ninguna.

Se sentía deslumbrado, y su sonrisa burlesca había desaparecido, para dejar en sus labios esa expresión de asombro que manifestamos siempre que algún suceso extraordinario ó algún objeto maravilloso nos deja con la boca abierta.

Y toda aquella riqueza deslumbradora brillaba ante su mirada al través de los cristales empañados por el frío, como brillan las estrellas al través de las nubes, como centellean los ojos de una mujer al través del velo que cubre su semblante.

Pudiera creerse que su alma indiferente se encendía ante el fuego de tanta opulencia, porque permanecía delante del aparador, inmóvil y al mismo tiempo inquieto, poseído de aquella deliciosa admiración que debió experimentar Adán cuando, al volver de su profundo sueño, se encontró con la hermosa figura de Eva.

Por una crueldad de las cosas que suelen combinarse hábilmente para atormentarnos, en el fondo del escaparate se destacaba un estuche de grandes dimensiones, conteniendo dos preciosos jarrones de oro cincelado, que brillaban tendidos sobre el terciopelo carmesí de que estaba revestido el interior del estuche. La tapa era un espejo, que repetía los elegantes contornos de los jarrones, donde estas preciosas joyas se contemplaban, orgullosas de su belleza, y si puedo decirlo así, ansiosas de reproducirse.

Los reflejos del oro, encendidos por el carmesí del terciopelo, iluminaban la luna del espejo con ráfagas semejantes á las de una aurora boreal, y el cristal, azul como el cielo, dejaba ver flotando en su engañosa pro-

fundidad una nube de púrpura y de oro.

Nuestro héroe clavó los ojos en los jarrones, alzó los párpados y se vió cruelmente retratado en la superficie del espejo; en medio de aquel esplendor, pudo distinguir el cuello de su gaban raído, las macilentas alas de su sombrero y los desmayados colores de su corbata, anudada á su garganta como un dogal, y vió al mismo tiempo su semblante con esa expresión casi estúpida con que el asombro suele pintarse en el rostro humano.

No pudo contenerse, y retrocedió con movimiento tan brusco, que dió con el hombro violentamente en la barba de otro curioso que á su espalda examinaba también las joyas expuestas en el aparador.

Volvió la cabeza y se encontró una cara de hombre, pero..... ¡qué cara!..... Una cara terrible..... esa cara que todos ponemos cuando recibimos en ella un golpe inesperado.

El jóven, al verla, se echó á reír diciendo:

—¡Ay Guillen! ¿quién demonios te manda ponerte detras de mí?

Guillen se compuso el sombrero, que ha-

bia saltado sobre su cabeza, y le contestó:

—No sabía yo que era tan temible ponerse á tu espalda.

—Es verdad, añadió el jóven; tú sabías únicamente que es algo expuesto ponerse delante.

—¡Siempre el mismo!..... exclamó Guillen, dulcificando la voz y hasta haciendo un esfuerzo por sonreirse.

—Tranquilízate, añadió el otro; no he de armar camorra contigo por haber incurrido en la indiscrecion de no tener ojos en la espalda; además, tú eres bastante discreto para perdonarme esta falta, y yo te prometo que si vuelvo á nacer, haré que me los pongan.

—Dime, Miguel: ¿cuándo sentarás la cabeza?

—Lo ignoro; porque sé cómo se sientan las costuras, cómo se sienta la mano..... pero no he podido averiguar todavía cómo se sienta la cabeza.

—Quiero decir que cuando tendrás juicio.

—¡Ah, juicio, sí!..... vamos, explícame; ¿cómo tienes tú el juicio?

—Es tarde y tengo prisa. Ya se ve, tú vives matando el tiempo.....

—Tú, ilustre doctor, vives más honradamente: mientras yo paso la vida matando el tiempo, tú, médico de moda, pasas tu vida matando enfermos.

—Hijo mio, exclamó el doctor, la última enfermedad no tiene cura; la ciencia no ha podido todavía traspasar los umbrales de la muerte.

—En ese caso, la ciencia es una mera vanidad. Si no teneis nada que hacer en la última dolencia, lo que hagais en las demas enfermedades sobra.

—No sobra, se apresuró á decir el médico, porque no se trata precisamente de la vida, sino de la salud. La medicina es una ciencia que alguna vez cura, muchas veces alivia y siempre consuela.

—Muy bien; pero eso significa que la enfermedad es un pozo en el que el enfermo cae, y como todo el que se ahoga, se agarra á un clavo ardiendo, y el clavo ardiendo es el médico.